

LA SUPREMA ENFERMERA

— Susana vuelve a agitarse mucho, doctora.

— ¡Incrementa la sedación, súbele el propofol!

— ¡Uhf! ¡Bravo por la doctora...! Cuando aumentan la dosis de ese líquido blanco, lechoso, espeso, de ese...propofol, siento al principio una leve molestia en el trayecto de la vena en el antebrazo pero, instantes después, desaparecen todos los dolores, dejo de estar angustiada y recupero los recuerdos. Siempre he oído decir, como todo el mundo, que momentos antes de morirte ves toda tu vida como si de una película se tratase. En ese sentido, sólo en ese sentido, tengo la suerte de qué en estas U.C.I. de ahora, con estas medicaciones que recibo, mi película es más larga. Como una serie. Interrumpida, eso sí, demasiadas veces. No por los anuncios habituales. ¡Peor!. Cortada bruscamente por médicos que no se parecen en nada a George Clooney o por enfermeras que aspiran por un tubo que tengo en la tráquea o hacen montones de extracciones de sangre. De manera que paso de ser torturada —por mi bien, claro (qué paradójica es la medicina, te torturan por tu bien)— a tener pesadillas que me agitan e inmediatamente oigo una sinfonía de alarmas que ya no sé si se llaman así porque me protegen, reclamando la atención del personal que me cuida, o porque a quién realmente alarman es a mi misma, haciéndome sospechar que ha subido la tensión, bajado la saturación de oxígeno o que el respirador se ha desconectado. En ese momento alguien arregla el problema o aumenta el hipnótico hasta que me sumerjo en esa zona entre la vigilia y el sueño. Entonces recupero los recuerdos y, por lo tanto, mi identidad. Si permitieran más visitas y, sobre todo, si vinieran muchos amigos o familiares a verme también ellos me harían recuperar mi identidad. De cualquier forma prefiero la que me fabrico yo, onírica pero propia, que la que me devuelvan las escasas visitas. Familiares no vienen: mis padres están ya muy viejos y no viven en la ciudad. Además...bueno...

mi familia siempre ha sido un poco rara. Mi padre no fue ni al entierro de los suyos porque vivían en Almería y entonces, principios de los sesenta, quizás cruzar la península era lento, penoso y corrías el riesgo de llegar tarde al entierro. Esa, al menos, fue la razón que yo —poco más que una niña entonces— encontré como justificación. Tengo un hermano con el que mantengo frías relaciones. El siempre me consideró una “progre” un poco echada para adelante; nos separa un abismo ideológico y, consecuentemente, la concepción e interpretación de la vida. Creo que todavía añora a Franco. Llamó hace unos días por teléfono pero las enfermeras le dijeron que yo no podía hablar porque estaba intubada.

Con el paso de los días voy haciéndome con los nombres: intubación, sepsis, respiración de soporte, hematocrito, diuresis escasa, balance negativo... y, lo que es peor, con su significado. He permanecido algunos períodos dormida por completo y cuando me despiertan o me despierto yo sola, sin que ellos lo quieran, no sé ni en que día vivo. Si a esto puede llamársele vivir... Adivino a mis dos lados otros pacientes críticos cómo yo. No son ya los mismos del día que ingresé. Ignoro si el relevo se debe a mejoría y traslado a sus domicilios u otras estancias hospitalarias o a fallecimiento. Los días que no me viene nadie a ver, y mi estado de lucidez lo permite, oigo a las visitas de mis vecinos mientras pienso en el poco respeto que existe en nuestras instituciones hospitalarias a la intimidad de los enfermos. Cuando vino mi hija, después de la primera operación, lamenté muchísimo que, a causa de esta falta de intimidad, no pudiera hablar con libertad. Yo estaba menos consciente que ahora pero con su contacto, sus caricias, sentí que la recuperaba después de una etapa de distanciamiento que ocasioné cuando hace unos años —inmediatamente después de la separación entre su padre y yo— pasé por unos meses de “folie” total y me iba poco menos que con cualquiera.

Pero trabaja en E.E.U.U. y ha tenido que regresar allí. La otra noche adiviné que llamó interrumpiendo una conversación de las enfermeras —en voz bastante alta— sobre sus próximas vacaciones en Playa Bávaro, o algo así.

— Es la hija de Susana, la de la cama siete. No sabía nada de la reintervención de su madre. Le he dicho que de eso sólo le pueden informar los médicos.

— ¡Susana, Susana, ha llamado tu hija!. Se acercó alguien a decirme al oído e inmediatamente un oportuno sedante calmó mi discomfort.

Del ingreso, recuerdo poco: pasé de estar de vacaciones en Marrakech a aparecer semi-inconsciente a la entrada del quirófano del Hospital Clínico de Compostela. En medio, un mareo con caída a plomo, en el pasillo del avión Madrid-Santiago tras haber sufrido un par de deposiciones diarreicas, sanguinolentas, en el tránsito de Barajas. ¡Qué paradojas tiene la vida!: el libro que había elegido para este viaje era una recopilación de artículos sobre “Lo abyecto en el arte contemporáneo”. Interrumpió la lectura de las lucidísimas reflexiones de la profesora Rego al respecto, mi diarrea rojinegra, asquerosa, humillante y repulsiva.

Soy —¿o debo decir ya, era?— profesora de arte. También soy atípica para esto. Me voy de vacaciones y llevo libros que se refieren a mi profesión. Nunca he entendido a esas personas que, en sus paréntesis vacacionales, abandonan todo lo relativo a su trabajo cotidiano. Creo en mi vocación. Es el arte y el arte, aparte de darme de comer, es lo que mejor me liga con la vida. El arte tiene relación con todo.

¡Qué brutos!. Acaban de darme un tirón terrible en uno de esos drenajes que tengo en el vientre. Rectifico inmediatamente: la práctica de la medicina debe ser la excepción que confirma la regla. No tiene relación ninguna con la

sensibilidad artística. Los locos practican el “art-brut”, estos médicos tan sensatos practican la brutalidad, simplemente.

Me está bien empleado, me hice un poco la dormida para evitar esos calmantes que me hacen pasar de lo semi-onírico a la ausencia total de consciencia. ¡Debo estar mejorando!. Si quitan un drenaje es que voy mejor. Aunque hoy han comentado que vuelvo a tener fiebre...

¿Cuántos días llevo ya aquí?. ¿Cuántas veces me habrán operado?. Por lo menos dos. Tengo, la palpo, una sola cicatriz pero antes era más pequeña. La segunda vez utilizaron la misma vía de entrada ampliando la incisión. Eso seguro.

Ángel, que yo sepa, no ha venido a verme. Cuando me despedí de él, antes de irme a Marruecos, estaba, a su vez, a punto de irse a New York.

—Definitivamente has cambiado el tercer mundo por New York o París. No sabes ir a otro sitio. ¡Eres un “acojonao”!.

—Susanita... qué esta vez tu exotismo se va a limitar a Marrakech... ¡Tampoco es para tirar cohetes!.

Y calló la protesta con un beso en la boca que, a lo mejor, es el último beso que recibo en mi vida. En Marruecos no me comí una rosca.

Pienso mucho en Ángel en mis fases de despertares. Si las cosas se complican o, simplemente, no se solucionan, es mi última esperanza. Cuando vuelva, y lo sepa, vendrá por aquí. Me acuerdo más de él que de mi ex-marido. Ángel ha sido, es, el hombre más importante de mi vida. A pesar de los períodos guadiana (¡de años de duración!) en que hemos dejado de vernos. No voy a recurrir a eso de que fue mi primer

amor. Ha sido mi primer amigo. Eso es mucho más importante. Quiero que sea también mi último amigo. Yo me entiendo.

— Háganle una toma de muestra bronquial al siete.

— ¡Ah! ¡No!. Ya sufrí bastante con el drenaje. Intento moverme, ¿porqué tendré tan poca fuerza?, para rebelarme, qué suenen las alarmas del respirador y que me duerman del todo.

No diré que me sumergí en un pozo negro y que lentamente vuelvo a salir a la superficie. No. No sé cuanto tiempo he estado dormida. No me he enterado de la famosa toma de muestras bronquial. Estoy —¿al día siguiente?, ¿horas después?— despierta otra vez. Lo único recurrente es que vuelvo a pensar en Ángel. Un cuarto de siglo antes, él y yo, en París, en una especie de viaje de novios de una boda que nunca existió. Nuestra luna de miel. Los dos en un seiscientos, de Galicia a París. Veinteañeros. Yo recién licenciada. Él —medicina dura un año más (creo que debería ser un lustro para que les enseñaran sensibilidad y buenas artes a estos doctores que a mí me atienden) en el último curso —. Yo, sin un duro, él con un cheque potente de papá. Hoteles baratos pero céntricos, restaurantes que dejan huella en la cartera y en el alma. Museos que evidencian lo acertado de la elección de mi carrera. Cuando vi a Van Gogh en el Jeu de Paume, o a Monet en el Jeu de Paume y en el Marmottan, me supe una privilegiada. Después de comer en “La Closerie de Lilas” temí haberme hecho adicta a la buena mesa. Fue, efectivamente, el inicio de una dependencia a los Restaurantes de empaque que ha durado hasta ahora. En Marrakech cené en La Mamounia...

Mi última experiencia de ingreso hospitalario resultaba ya muy lejana: el parto. No tiene nada que ver con esto. Lo pasé fatal pero al día siguiente mi hija compensaba todo lo negativo. La habitación, compartida con otra chica de mi edad

que había tenido gemelos, se llenó de flores. El día anterior se me había pegado un olor nauseabundo, mezcla de sudor, de la sangre de los desgarros y de mis propias heces: ¡empuja, empuja!, ¡hazte caca!. Y me la hice... Aquellas flores del día siguiente acabaron por ayudarme a hacer desaparecer la espantosa experiencia olfativa. En la U.C.I. no recuerdas los olores, a menudo ignoras, menos mal, cuando te asean y, si no estás profundamente dormida, tienes la sensación de impotencia de la inmovilidad. Te angustia hasta pensar que pasaría si hubiese un incendio. Cómo podrías escapar si ni siquiera eres capaz de comer, orinar o respirar por ti misma.

Curiosamente, incluso en sitios así, siempre tienes el desafortunado desconsuelo de que alguien lo pasa peor que tú. La otra tarde, por unas horas, mi vecino de la cama seis fue un joven con múltiples traumatismos tras un accidente de moto. Los gritos de sus padres al verle me hicieron sentir que yo no tenía derecho a quejarme o a maldecir mi desgracia.

Sé, por las escasas veces que antes visité a familiares o amigos en estas Unidades, que algunos sobreviven a la experiencia. Ignoro a cuantos les ha compensado esta marea de sufrimientos, de torturas. A los que seguro no les ha compensado es a los fallecidos. ¿A qué grupo acabaré perteneciendo yo?. Al cabo del tiempo ¿podré contar, escribir, transmitir estas experiencias o estos pensamientos de ahora se quemarán conmigo?. Incinerarían los restos de mi cuerpo que no me hayan sido arrebatados, amputados y un montón de reflexiones, amargas casi siempre, esperanzadas a veces.

Estoy segura de que Ángel cumplirá los deseos que un día le resumí en un papel. Decía así: 1) Quiero que me incineren. 2) No quiero ceremonias religiosas. 3) Mientras me quemen deberá sonar bien alto la canción de Léo Ferré “Ne chantez pas la mort”

Ne chantez pas la mort, c'est un sujet morbide
 le mot seul jette un froid, aussitôt qu'il est dit

.....

La mienne n'aura pas, comme dans Le Larousse
 Un squelette, un linceul, dans la main une faux

.....

Requiem de Mozart et non Danse Macabre
 (pauvre valse musette au musée de Saint Saëns!)

La mort c'est la beauté, c'est l'éclair vif du sabre
 C'est le doux Pentothal de l'esprit et des sens.

La mort

La mort

Elle est euthanasie, la sùpreme infirmière.

No cantéis la muerte, es un asunto mórbido/ la sóla palabra arroja frío
 cuando se pronuncia/ La mía no tendrá lugar como en El Larousse/ un
 esqueleto, un sudario, una hoz en la mano/ Réquiem de Mozart y no
 Danza Macabra, (pobre valsecillo en el Museo de Saint Saëns)/ La
 muerte es la belleza, el resplandor del machete/ Es el dulce Pentothal
 del espíritu y los sentidos/ La muerte, la muerte/ La eutanasia es la
 suprema enfermera.

(Jean Roger Caussimon, Léo Ferré).

Creo que lo que más me gusta de esta canción es que se le llama a
 la Eutanasia "suprema enfermera".

En Venecia, durante una bienal de arte, tuve la ocasión de vivir mi propia muerte. En un stand, invitaban a acostarte sobre un frío mármol, aislarte y escoger la música que quisieras oír. Dudé si vivir la experiencia o no. Al final acepté: ¿quien puede negarse a vivir su muerte soñada anticipadamente?. Para que luego digan que el arte moderno no se entiende o que es superficial.

Pero hace un rato estaba en París de luna de miel y era feliz y joven. ¿O es lo mismo?. No. No es lo mismo ser joven y feliz. Si es lo mismo ser viejo e infeliz o... ¿tampoco?. Los viejos millonarios... ¿dejan de ser felices?. ¡Bah!, tonterías. París no fue sólo importante por los museos, los paseos, los restaurantes y los amores. Fue capital haber asistido a un recital de Léo Ferré y a películas de Truffaut. Para Ángel la mejor canción era “Avec le Temps”

Avec le temps

Avec le temps, va, tout s'en va

On oublie le visage et l'on oublie la voix

Le cœur, quand ça bat plus, ce pas la peine d'aller

Chercher plus loin, faut laisser faire et c'est très bien

.....

Avec le temps...

Avec le temps va, tout, s'en va

Et l'on se sent blanchi comme un cheval fourbu

Et l'on se sent glacé dans un lit de hasard

Et l'ont se sent tout seul peut être mais peinar

Et l'on se sent floué par les années perdues alors vraiment

Avec le temps on n'aime plus.

Con el tiempo, con el tiempo, todo se va/ se olvida la cara y se olvida la voz/El corazón cuando no late ya, no merece la pena buscar más lejos, hay que dejarse ir y está muy bien/Con el tiempo..../con el tiempo, todo se va/ y uno se siente encanecer como un caballo extenuado/ y uno se siente helado en un lecho de azar/ y uno se siente muy sólo y afligido/ y uno se siente estafado por los años perdidos/ entonces verdaderamente con el tiempo ya no se ama. (Léo Ferré).

Para mí, claro, “Ne chantez pas la mort”. Para Ángel el mejor Truffaut “Las dos inglesas y el continente”, para mí “Besos Robados”. Truffaut, Ferré...qué suerte haberles encontrado tan jóvenes. Jóvenes nosotros y ellos. Hoy sólo jóvenes ellos a pesar de su muerte.

Lo peor de estas unidades de Cuidados Críticos es que está fijada la hora de visitas pero no la hora de consultas de los médicos ni la de los molestísimos, casi continuos, cuidados de enfermería. Hay que entenderlo, los estados de extrema gravedad de los que aquí nos encontramos exigen atención permanente. Por lo que he podido comprobar en mi propia piel y por lo que oigo hablar a médicos y enfermeras, o médicas y enfermeros, yo empeoro día a día. No tengo ninguna enfermedad incurable, es decir la perforación intestinal, origen de todo, no es consecuencia de un cáncer pero la infección, la peritonitis en qué derivó una perforación de colon por un divertículo, o algo así, tiene pocas posibilidades de resolverse. Duda entre llevarme por tercera vez a quirófano o esperar a ver si mi estado general mejora algo. Las referencias a la propia piel las hago porque no les basta con tenerme sondada por varios sitios sino también porque, cada cierto tiempo, cambian lo que ellos llaman “la vía central”. Lo peor, ha sido el intento de “destete” (¡Jesús!). Así llaman a procurar

desconectarme del respirador para ver si yo me puedo arreglar respirando por mis propios medios. Redujeron la sedación, las drogas que me duermen, y esa lucidez, producto de volver casi a la vigilia, ha debido ser la única lucidez que he detestado en mi vida. Me producía una extraordinaria fatiga tener que respirar y, por si fuera poco, oía los comentarios del equipo de enfermeras y auxiliares que me lavaban, cambiaban de postura, aspiraban etc.

—Todavía tiene buen tipo esta señora. ¿Es verdad que tiene ya cincuenta y tantos?. Comentó un A.T.S. calvo y gordo que sin duda estaba “salido”.

—Cincuenta y ocho para ser exactos atestiguó la auxiliar jovencita que lavaba con una esponja mi sexo, mientras hacía elogios de mi piel.

—A pesar de todo: ¡ya quisiera yo este cutis para mí! ¡Fíjate y no se ha hecho ningún arreglo!

La alusión a mi virginidad respecto a la Cirugía Estética me acercó, mentalmente, otra vez, a los dos hombres más importantes de mi vida. A Juan, mi marido —que por cierto no ha venido a verme (aunque ha vuelto a llamar y es conocedor de que sigo aquí y estoy así)— porque poco antes de dejarme y , seguramente cuando ya estaba ligando con ella (una okupa veinte años más joven que yo) decidió arreglarse los párpados y hacerse un pequeño estiramiento facial. Ahora, al sonreír se le levantan las orejas y las ojeras le han vuelto. La hija-puta de la okupa cambió, sin ningún problema, su camastro en la casa comunal por mi cama en el chalet de la playa. En el fondo, Juan, ha sido para mí un ligue que debería haber sido pasajero y se prolongó demasiado en el tiempo. “Avec le temps on n’aime plus”, que decía Ferré. La importancia de Juan se limita a que es el padre de mi hija. La referencia a la cirugía plástica me ha vuelto a traer a la cabeza a Ángel, el médico más atípico que he

conocido, tanto que cuando, para ver que pensaba, le comenté, hace cinco o seis años, que me iba a hacer una liposucción amenazó con retirarme la palabra.

— Estás loca. No hay cosa que deteste más que la cirugía estética.

— Y... eso. Inquirí yo.

—Mira, Susanita. Soy partidario de la cirugía plástica para corregir grandes defectos físicos que produzcan complejos. Me parece lamentable la cirugía estética que contribuye, muchas veces, a crear problemas donde no los había, en forma de complicaciones y yatrogenias importantes. Al servicio sólo de la imagen y del culto al cuerpo. Del mercado, en definitiva.

— ¡Ah! No sabía. O sea que es peligroso...

Pero él continuaba sin oírme.

— ¡Qué pena esas jóvenes, y esos jóvenes, que trabajan y ahorran para pagar a plazos cirugías de efectos dudosos y riesgos no ponderados. Desinformados, alienados.

— ¡Ah! Repetía yo que no salía de mi asombro. Así que puede haber complicaciones severas.

No lo hubiera dicho.

—¿Severas?. Por Dios Susana, ¡qué tu eres de letras! No seas como la legión de colegas médicos que usa la palabra severidad con tanto desatino. Severo puede ser un padre o un juez. No una complicación, un dolor, una anemia.

—Bueno, bueno, no te pongas fuera de ti. Nunca más volveré a decir severo, nunca me operaré y, si te empeñas, hasta dejaré de utilizar cremas hidratantes. Pero no negarás que para una historiadora del arte la cirugía plástica tiene interés. Existe un “body-art”, por ejemplo, no exento de subversión.

El libro que leía en Marrakech sobre “Lo abyecto en el arte” ilustraba al respecto: “lo abyecto tiene como denominador común lo que perturba una identidad, un sistema, un orden”. La cirugía estética ¿intenta cambiar algo que perturba una identidad o se limita a cambiar lo que nuestra identidad tenga de peculiar para incorporarnos al rebaño de los gustos convencionales?.

Se me ha ido la “olla”, que dicen ahora los modernos. Yo misma, en mi estado actual, soy una representante del “body-art”. Me han puesto así estos médicos, que ya hemos visto que no representan ni siquiera el “art-brut”. No tengo nada que envidiar, en este lamentable estado, ni a David Nebreda (¿cuántas veces les habré puesto a mis alumnos su famosa “Cara cubierta de excremento” para ver su reacción?) ni a la archiconocida “Mierda de artista” de Piero Manzoni.

¡Qué espanto!, ¡Qué espanto algunos aspectos de la historia del arte que reproducen el horror ¡

¡Qué espanto también ha debido ser la historia de la medicina!

Si ahora, en pleno siglo XXI, con tanto progreso, con tanta evolución tecnológica, mi situación y las de los que me rodean aquí (sólo soy la siete de los quince enfermos que me acompañan) es esta, cómo imaginársela antes de los antibióticos, la monitorización, la anestesia.

¡Cuánta matriz, cuánta próstata, cuánta mama se habrán amputado sin motivo! Cuántos tratamientos habrán sido la expresión de una moda científica...

Sólo estoy bien de cabeza. Estoy lúcida pero no mejoro. La supresión de la sedación, que me ha devuelto claridad de ideas, no me ha llenado de optimismo, precisamente. Capto mejor todo lo que sucede a mí alrededor. Oigo los comentarios sobre mí. No parezco tener solución quirúrgica y el pulmón está peor. Quieren darme un pequeño plazo aunque si no oxígeno bien me volverán a sedar y a

conectar continuamente al respirador. Además he oído la palabra terrible: traqueotomía, como alternativa a este tubo del que me han liberado temporalmente.

Tengo que aprovechar el plazo otorgado.

— Doctora, doctora, acérquese, por favor, acierto a decir.

— Diga Susana, pero no se fatigue.

— Doctora, les he oído. Sé de mis nulas posibilidades. O... muy escasas. No quiero seguir viviendo así.

—Por Dios, Susana.

—Doctora, insisto. Quiero que localicen a un amigo. Sólo él será mi interlocutor o mi representante ante ustedes. Es médico...

— ¿Es colega?. Lo localizaremos. Descuide. Hablaremos con él y vendrá a verle. ¿Y su hija y el resto de familiares?.

— No quiero preocuparles. No tengo fuerzas. Hágame el favor de escribir lo que voy a dictarle, para enseñarle a Ángel.

— ¿Ángel?

— El amigo médico.

— Ya. Dígame, copio.

— Ángel, amigo. Mi alma gemela. Mi cuerpo ocasionalmente siamés. Mi dignidad de vivir se escapa. Encárgate de devolvérmela en el momento de morir. Y que al incinerarme suene la canción que ya sabes.

Con la emoción que me produjo dictar la nota, aumentó mi dificultad para respirar. Esa circunstancia precipitó la decisión de volver a conectarme al respirador. Imposible hacerlo sin antes utilizar sedantes para disminuir mi ansiedad. El propofol, a dosis bajas, no te duerme completamente, te transporta a un nirvana

fronterizo con la felicidad. En estos días he alternado ese estado de placidez, onírica a veces, con otros que no podría diferenciar de la tortura.

Confío en que Ángel vendrá a rescatarme. Morir para sentirme libre. Nunca sabré cómo lo hará. Arriesgaré la expulsión de la corporación médica o la cárcel, pero lo hará. Antes de dormirme definitivamente todavía pude oír:

— ¿la curarizamos, doctora?

Y pensé en el origen común de la palabra “curator”, que tanto se usa en arte para designar a los comisarios de exposiciones, con curare, relajante muscular que permite la respiración mecánica, consiguiendo la anulación de la actividad de los músculos respiratorios. Sabía muy bien la definición.

Curare. Del latín curar, sanar. Curare, voz caribe y veneno vegetal. Paralizante.

Ne chantez pas la mort...